

Italia me ha esperado fielmente

GRACIELA PEROSIO

gracielperosio@gmail.com

Nací en Buenos Aires, capital de la República Argentina, el 14 de junio de 1950. Tanto mi abuelo paterno, Marco Perosio, como el materno, Giuseppe Podestà, habían llegado aquí desde la Liguria y se dedicaron a negocios relacionados con la comida. La familia paterna (mi abuelo, su hermano, mi padre) fue propietaria del Restaurante Perosio que funcionaba en Suipacha y Diagonal, plena city porteña. Un lugar muy tradicional de Buenos Aires, frecuentado por personalidades de la política, la cultura, las artes, el deporte. Bioy Casares lo menciona en su *Diccionario del Argentino Exquisito*. El profesor Fiorenzo Toso, estudioso del dialecto genovés, me hizo llegar de su archivo personal, un aviso de los años '40, calculo yo, o tal vez más antiguo, redactado en lengua genovesa: DAI FRAE PEROSIO. In Suipacha 268. “Se mangia comme a Zena e se spende poco.” El abuelo Podestà, por otra parte, tuvo varios negocios en el barrio de Belgrano. Entre ellos la fábrica de pastas nombrada con su apellido, cuyos productos ganaron un premio a la calidad, en Génova, también en aquellas décadas, anteriores a la mitad del siglo XX. A su vez, estaba casado con Emma Bison Croce, familiar de Benedetto, de quien mi madre me hablaba seguido durante mi infancia. Imagínense, entonces, la emoción y importancia que reviste para mí ser traducida al italiano y que mis poemas aparezcan en una revista de la Universidad de Milán. Más aún porque mi vida –como la de Benedetto Croce– ha estado atravesada por las pérdidas familiares de signo trágico. Tanto mi madre como mi hija se suicidaron, acorraladas por enfermedades contra las que lucharon cuanto pudieron y mi hermana Beatriz, Presidenta de la Asociación de Psicólogos/as de Buenos Aires y de la Federación de Psicólogos/as de la República Argentina, fue secuestrada, torturada y asesinada durante la última dictadura militar.

Siempre Italia ha estado en mi vida en multitud de narraciones de recuerdos, fotos familiares, instantáneas de vacaciones –Rapallo, Portofino, Chiavari, Venezia, Capri– que en mi niñez se volvieron sitios legendarios, lugares mágicos, guardianes de la belleza, la felicidad, el origen, la añorada infancia de los mayores. Sólo pude ir allá una vez, en el 2014, debiera haber vuelto en el 2020, pero lo impidió la pandemia. La vez que viajé, venía yo de París y el avión me llevó a Nápoles y de allí un remis me arrimó a Sorrento. Apenas dejé el equipaje en el hotel, salí a caminar hacia el mar y no dudé en el camino a elegir. Ya de lejos, junto al portón de una villa, se veía una chapa de bronce y mármol que me intrigó inmediatamente. Allí se leía: “Nel cinquantenario della sorrentina dimora di Benedetto

Croce. Tra nuove incertezze per il destino dell'Italia e in spirituale consonanza con la religione della libertà". Créase o no, fue el primer detalle que vi al poner mis pies sobre tierra italiana. Sin duda, allí, los míos me estaban esperando.

Desde chica tuve una inclinación marcadamente artística. Ya fuera el dibujo, la música, la danza, los libros. ¿Pero cómo se manifiesta esto? Bueno, son muchas las anécdotas. Voy a elegir una con la señora Marisabel quien dirigía una compañía de danzas españolas en la que yo bailé. Tendría cuatro o cinco años y me eligió para el personaje de la piconera, una canción típica de esa zona rural que dice: "ahí viene el día, ahí viene, madre, alumbrando su clara los olivares". La profesora me preguntó si yo había visto salir el sol y le contesté que justamente había viajado en tren para mis vacaciones y mi abuela me había despertado para que viera el amanecer. "Entonces, vas entender, vos vas a salir desde el fondo del escenario bailando y el público tiene que sentir que amanece. No se trata de que vos seas el sol, vos tenés que hacer que la gente sienta al verte, eso que vos sentiste al remontarse el sol." Creo que Marisabel me enseñó la capacidad de transmisión por la metáfora de un modo muy particular y mágico. Y yo sentí que eso, esa capacidad de metaforizar para decir lo que no se puede decir de otra manera, era la llave que quería conquistar en mi vida. Aún no sabía si lo haría con el cuerpo, la voz, los colores, pero ser un puente con ese mundo paralelo me atraía cabalmente. Y no se trataba de sumergirme en ese mundo y soltar amarras. No, me gustaba volver y compartir. Es más, me apasionaba tocar la puerta del que nunca salía y tratar de interesarlo a aventurarse en ese viaje a lo distinto. Es decir que, junto a lo fantástico y a la leyenda, fue apareciendo una certera vocación de transmisión y docencia.

Me acuerdo de una infancia con momentos muy íntimos. En mi casa había un altillo donde mi papá guardaba botellas de vino para añejar. Yo solía guardar mis papelitos entre las botellas cuando quería que nadie los espíase. Y aún antes de saber escribir recuerdo comenzar a componer canciones, muy rimadas para que fuera fácil memorizarlas. Pero hay un instante de deslumbramiento. Alrededor de los once o doce años leo un poema de Pedro Salinas. ("A la noche se empiezan a encender las preguntas".) Lo encontré en una antología escolar de Lacau y Rosetti, pero después conseguí *La voz a tí debida*. Creo que fue el primer libro que compré por mi cuenta, con mis ahorros. Leer a Salinas me reveló mi vocación. Quería hacer eso y sobretodo estudiar eso. También, paralelamente, se me había ocurrido copiar un poema de Carlos Latorre, poeta argentino con tendencia surrealista, en un cuaderno que siempre llevaba conmigo, una especie de talismán. En cuanto a imitar nunca se me ocurrió como proyecto –al menos, no recuerdo– hasta mucho más tarde. Hablo de los treinta y pico cuando leo los mosaicos de Carlos Enrique Urquía y me pongo a jugar con esa técnica. Lo que quedó de ese intento se puede leer en algunos textos de *Brechas del muro*.

Cuando digo que se me reveló la poesía como objeto de estudio, quiero hacer hincapié en que yo en mi infancia y adolescencia no me imaginaba escritora sino "erudita", investigadora, docente universitaria. Por eso cuando había sido nombrada "Ayudante de Primera Rentada en la Universidad de Buenos Aires", sentía que estaba a las puertas del Paraíso. Pero ni llegué al umbral cuando la Dictadura nos echó a todos y cerró durante un tiempo la Universidad que estuvo intervenida. Y ya no volvería a retomar la docencia universitaria. Algo que ha sido una gran frustración de mis proyectos iniciales. Sin embargo, en un momento me llaman para hacerme cargo del primer grupo de taller que había tenido Nicolás Bratosevich en la localidad de Martínez. Y esto significó un cambio importantísimo. Ayudar a escribir a los otros me llevó a escribir a mí también y quise publicar una selección de textos guardados, textos que fueron escritos para quedar en la

intimidación, pero decido mostrarlos como signo vital frente a la opresión de la Dictadura. Así nace mi primer libro. Y después los demás van a ir llegando con otra conciencia profesional de la escritura, otra reflexión. Pero en mi obra hay búsquedas que disparan para distintos lugares. Cada libro es bastante diferente. Podríamos nombrar dos grupos principales: algunos parten de vivencias, en observaciones del entorno, otros tienen un trasfondo de estudio, son más cercanos al trabajo ensayístico o académico. Entre los últimos tal vez el que más trabajo de estudio tuvo sea *Regreso a la fuente*. Detrás de él está la lectura detenida de los ensayos de Emanuela Kretzulesco-Quaranta sobre el *Poliphilo*. Y allí también, obviamente, mucha conexión con Italia ya que ella estudia el significado simbólico de ciertos jardines como el de Bomarzo, la Villa Adriana, el Palacio Pitti, en Florencia, el Palacio Real de Caserta, en Nápoles. Por pura casualidad en mi viaje, caminando por una calle de Florencia, entré en una Galería de Arte donde estaban por desarmar una muestra de la semana anterior, no sé por qué se adelantó el recepcionista y me dijo –ignoro si me confundió con otra persona– que si quería pasar a la muestra cerrada aún me permitirían verla. Para mi sorpresa, allí estaba en vitrinas la *Hypnerotomachia Poliphili* con los bellísimos grabados de León Battista Alberti.

A este libro siguió *Sin andarivel*, un poemario completamente diferente, de observación de lo cotidiano a través de una mirada orientada por la meditación budista. Es de mis textos, el más universal. Etéreo, fresco, en un tono menor, tal vez el más íntimo de mis libros. En su presentación el querido amigo, Luis Bacigalupo, poeta y editor, leyó un extraordinario ensayo que tituló *Delicia del instante*. *Balandro* es el libro que sigue con la novedad, en su segunda parte, de poemas más largos, narrativos, que antes no habían aparecido en mi escritura. Tiene una convivencia del uso del voseo y del tú como consecuencia del intercambio con varios autores latinoamericanos a través de la red. Me pareció interesante dejar esa marca lingüística derivada del uso cotidiano de la tecnología digital, dudo de si ha sido una decisión correcta. Tuve la suerte de que acompañara esta publicación una contratapa de Fabio Morábito, escritor que con justicia, podemos considerar italo-mexicano, aunque el trabajo de su padre lo haya llevado a nacer en Alejandría, Egipto. A este libro le sigue *El privilegio de los años* del que hablaré al final por ser al que pertenecen los poemas traducidos. *El Ansia*, de alguna manera, sostiene una tesis: estamos frente a un cambio de época. Vemos caer todas las certezas del pensamiento que estructuraron nuestros estudios y aunque no sabemos hacia dónde va la humanidad, tenemos la certeza por experiencia histórica de que un nuevo paradigma está creciendo. Obviamente, como es nuevo no podemos describirlo, sólo lo captamos por deducción y por intuición. Este poemario recibió el 3er Premio de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires. En este caso la contratapa significó un privilegio enorme. Justamente la mañana de Navidad llegó a mi computadora un bellissimo texto de Jaime Siles, poeta, políglota y docente universitario especializado en la antigüedad grecolatina. Un verdadero regalo navideño. Mi último libro recientemente publicado, se titula *Fresias de octubre (partes de enferma)*. En él se abrazan la narrativa y la poesía, a mi entender a la manera de los cantares de gesta, es decir de la épica. Sólo que el territorio a conquistar aquí es el propio cuerpo, la salud del cuerpo. Una batalla en la que creo está implicada toda la humanidad en estos años, sea consciente o no de la crisis del sistema de salud.

Hubo también una antología de los primeros nueve libros que lleva un estudio de la profesora Silvia Calero y se titula *Escampa, el corazón*. El criterio de la selección fue mostrar una trayectoria de trabajo con sus caminos dispares. Como quien muestra la labor de un artesano que fue viajando y componiendo con lo que halló en cada lugar, con lo que se topó en su búsqueda por vivir. (A veces he pensado que si hubiera contado con

la capacidad suficiente, tendría que haber organizado mi obra con heterónimos como Pessoa, porque conviven enunciaciones muy diversas.) Silvia Calero, además de una querida amiga, es una investigadora muy empeñosa, muy trabajadora, que conoce mi escritura desde el vamos. Presentó mis dos primeros libros y desde hace tiempo quería organizar sus notas sobre mis escritos en un ensayo y finalmente llegó la oportunidad de hacerlo. Fue muy agradable trabajar entre las tres (Silvia, Patricia Bence Castilla, la editora, y yo). Curiosamente recién me doy cuenta de que en la tapa de la antología hay tres mujeres (tomadas de una vieja pintura mía). Un tema que aparece en un poema de *La vida espera* con el título “trío”, pero ese poema no quedó en la selección. Sara Cohen en el texto de la presentación, relacionó el primer texto de la antología “Lluvia”, que puede leerse como un autorretrato, con el título (*Escampa, el corazón*) que indicaría un cambio importante, pero se trata de un cambio interno. Otra manera de ver; “la mirada elige enfocar al bies”, dice el poema que cierra con la frase que dio nombre a la antología. Con los años, los sucesos se enfocan de otro modo, aun los más trágicos. Una especie de estoicismo que trae la experiencia y se abandona cierta ansiedad, cierto anhelo por arreglar lo inarreglable. Una se entrega al poder omnímodo de la vida. No es que se renuncia, al contrario. Se comprende. No creo que del todo, pero un poco más. Entonces aceptás lo que es. Y hay allí algo sagrado. Un sentimiento de respeto hondo a lo que es, tal cual es. Una se experimenta como una mota de polvo danzando una música inaudible pero que está. Una cierta armonía que está, a pesar del ruido pavoroso y del silencio a veces, más pavoroso aún... Por eso dice *El privilegio de los años*: “entrar en la vejez es un cambio en la luz”. Hay la posibilidad de detenerse y descubrir un resquicio, un claro entre bloque y bloque de la experiencia.

En cuanto a la “coherencia estilística” también cambié mi pensamiento, de joven me preocupaba ese cambio tan marcado de un libro a otro porque inclusive a veces me habita un castellano de otra época totalmente anacrónico, como en la experiencia de escribir *La entrada secreta* o *Regreso a la fuente*. Pero fui eligiendo como principio fundamental de trabajo, el llevar eso que apareció al inicio a su mejor forma posible. A la suya ¿me explico? Pero lo primero que aparece no se traiciona. No lo “debo” llevar a mi mejor forma posible, eso sería bastante cómodo. La tentación es grande. No sólo dudo sino que experimento pudor, a veces un pudor extremo, una sensación de desnudez frente a los otros, de completa indefensión. Pero, Graciela, me digo, lo primero no se borra, se trabaja o de última, se guarda en el cajón o se desecha, pero no se maquilla. El inconsciente no se maquilla. Eso es hacer trampa. Nos autoengañamos, y no sirve. Y a veces lo que aparece realmente no me gusta, para nada me gusta, peleo mucho con esto. Pero en fin, siempre trato de no traicionar. Soy implacable en este cuestionamiento conmigo misma. Foucault concibe la palabra como “la inexistencia manifiesta de aquello que designa”. Y agrega a continuación: “ahora se sabe que el ser del lenguaje es la visible desaparición de aquel que habla”. Sobre estas citas planteo mi posición desde un concepto que tomo de las enseñanzas de Buda. Hay una verdad absoluta y una verdad relativa. Nosotros nos movemos con ambas a la vez. En la verdad absoluta puede que el sujeto no tenga entidad y lo pongo en subjuntivo por algo obvio: no tengo acceso a la experiencia directa de lo absoluto. Mientras sea este ser en proceso hacia una mente completamente libre, voy a pensar y decir desde un sujeto o tal vez, desde varios, pero de a uno por vez. Ese “se sabe” de Foucault es un saber teórico o si querés filosófico, pero no es un saber de experiencia. Eso no quiere decir que no sea válido. Pero no lo podemos comprobar del todo, al menos, no por ahora. Es decir: nadie está eximido de una cierta responsabilidad en lo que dice. Decir que “una es escrita”, es un poco como lavarse las manos ¿no? Definir en qué consiste esa “cierta responsabilidad” podría exigir un tratado y no voy a hacerlo ahora.

El libro al que pertenecen los poemas elegidos para la traducción se titula *El privilegio de los años* (2016). Y me gusta contar que ese título está tomado del guión de la película belga *El profesor de música* (1988), del regista Gérard Corbiau. La escena muestra a la esposa del cantante retirado, devenido profesor, hablándole a la alumna, deslumbrada por su marido: “Usted tiene la ventaja de la edad pero yo tengo el privilegio de los años”. Cuando vi el film, a fines de los ’80, pensé que al llegar el momento de sentirlo así, iba a escribir un libro llamado *El privilegio de los años*. Y el momento llegó con el nacimiento de Laura, mi primer nieta a quien está dedicado. Sin embargo, como mientras lo escribía nació Gael, el segundo nieto, decidí no publicar hasta tener otro libro escrito para el hermano. Y ese fue *El Ansia* (2019). Lleva varias citas de Erri De Luca, uno de los escritores italianos que admiro muchísimo.

Fue en *El privilegio* donde empecé a trabajar con citas de canciones. Tal vez influenciada por los varios años en que trabajé en la Sociedad de Músicos al frente del taller de letrística. Entonces, introduje ciertos elementos de *performance* en mis recitales, llevando la lectura hacia un mayor compromiso teatral. Movimiento que se acentúa en el libro publicado recientemente, *Fresias de octubre*, donde incluí en los poemas citas de arias de ópera italiana e inclusive, con algunos textos, produje junto a Daniela Bazzano, tres videopoemas que se pueden encontrar en la red. Consideré necesario dejar, al menos, este documento de los videos porque la experiencia me indica que lo que sucede cuando el público me escucha y accede a mi obra desde allí, es una comprensión distinta, como si la voz, el gesto, la presencia, agregaran un significado o tal vez ayudaran al público a encontrar un lugar interno especialmente sensible que permite una captación mucho más directa, intuitiva, emotiva. Se me ocurre por lo que las personas comentan cuando van a un recital mío que se da como un estado de relajación, inducido por una voz que arrulla, un estado donde se diluyen los elementos defensivos que la violencia del mundo actual mantiene siempre en alerta. En cambio, frente a la voz, hay una entrega confiada como la del bebé que es acunado por la madre. Y agradezco especialmente este pensamiento a un comentario de una colega mucho más joven, la poeta Verónica Pérez Arango, quien al escucharme por primera vez entró en un llanto profundo a pesar de no saber absolutamente nada de mi vida. Algo en los textos que escuchaba la llevaron a una comprensión instantánea de un largo viaje por desfiladeros peligrosos. Desfiladeros también milagrosos, porque al fin, aquí estamos reencontrándonos como Ulises con lo orígenes lejanos.

Graciela Perosio, primavera argentina del 2022

